

UNA AMETRALLADORA CONTRA LAS TIRANÍAS, «*Essai d'une synthèse de sociologie économique*», por el Dr. *Francois Dalencour*.

«Los países no son prósperos en razón de su fertilidad o de su industria, sino en razón de su libertad...». Tal es la frase de Montesquieu colocada como epígrafe a este libro que el distinguido sociólogo haitiano, Dr. Dalencour, acaba de publicar en París.

En realidad, el Doctor Dalencour se limita a probar, con ejemplos sacados de la historia y con un análisis detallado y profundo de la situación política y económica actual de los principales países del mundo, cuánta verdad encierra la indicada premisa del gran pensador francés.

Como el libro es extenso y su autor un desconocido, entramos a él con cierta desconfianza; pero bastan las primeras líneas para sentirnos seducidos en tal forma que ya no abandonaremos su lectura hasta el fin. Usa el escritor haitiano esa claridad de expresión, ese encanto especial de los mejores cultivadores del idioma de Moliere. Nada de fraseología inútil, ninguna disquisición: el autor amontona hechos sobre hechos, citas sobre citas, y nos aprisiona con una argumentación de hierro.

He aquí como empieza el primer capítulo, «Montesquieu y la Revolución Francesa»:

«Al fin del siglo XVIII, un trueno acompañado de un relámpago formidable desgarraba los aires y purificaba la atmósfera pesada del despotismo monárquico: nacía una era nueva. Eso era 1789. Todos los historiadores están de acuerdo en hacer partir de esa fecha el siglo XIX, quitándole esos 11 años al XVIII. Ese jalón cronológico era necesario, pues una nueva humanidad con un pensamiento nuevo había visto la

luz. Según la bella expresión del filósofo Víctor Cousin, la Declaración de los Derechos del Hombre es «la página más benéfica después de los Evangelios». Ella introdujo la caridad cristiana en el pensamiento y en la conducta políticos; probó los mismos sinsabores que el cristianismo; tuvo también adversarios encarnizados que la obligaron, como a la otra, a reacciones involuntarias, algunas de las cuales fueron exageradas y que, como respecto a su predecesora los historiadores y pensadores deploran sinceramente. Los crímenes inútiles de 1789 no son más considerables que los de la Inquisición, y sus guerras específicas han sido inspirada por un ideal como las cruzadas: revolucionarios y cruzados ardían en una llama de desinterés y de mejoramiento social casi semejantes».

Creemos que la lectura de este trozo inicial bastará para comprender el tono de este libro, cuyo ardor y cuyo interés no decae un solo instante.

Después de pasar revista a las dictaduras del pasado y de probar para todas un resultado desastroso desde el punto de vista del bienestar social, de la prosperidad pública, les sitúa como parangón aquellos gobiernos en que reinó la libertad y en los cuales el esplendor, el progreso, el contento general fueron un hecho innegable, como las repúblicas griegas y romanas, el gobierno de los mejores emperadores de Roma, etc.

Entra en seguida a estudiar las poderosas tiranías del presente, y las que aparecen disfrazadas, como lobos con pieles de cordero, con doctrinas más o menos halagüeñas. Empieza por Alemania, reconoce los éxitos de Hitler con relación al brillo guerrero, a la prosperidad aparente, y comienza a dar cifras que espantan y nos muestran a un país en bancarrota. Después de citar varias opiniones a este respecto, dice:

«Todas esas aseveraciones forman ahora una opinión común. Es, pues, en función de la ciencia económica que es menester juzgar el estado presente del pueblo alemán, por misteriosa que sea esa situación. Disecándola minuciosamente con el es-

calpelo económico, ese misterio se desvanece como el fantasma de los prestidigitadores. He aquí el truco que reposa sobre cuatro camouflages: las obras públicas, el impuesto, la militarización y los enormes empréstitos exteriores no pagados hasta ahora».

Después de pasar revista a los trucos financieros de que se vale el gobierno nazi, agrega:

«De esta manera, el Fuehrer obtenía sus armamentos, la alta burguesía alemana guardaba en sus bolsillos un poco de numerario, y los depositantes en las cajas de ahorros, pequeños burgueses, campesinos, obreros, en lugar de sus marcos penosamente amasados, poseen obligaciones del Fuehrer a largo plazo. Estos son los verdaderos esquilmados, pero el terror es tal que no se atreven a proferir una palabra. Asimismo, los cesantes trabajan por un salario muy reducido».

Más adelante hallamos estos datos:

«La situación económica de Alemania es muy mala y el pueblo no es feliz. El salario del alemán de Hitler es en un 40% inferior al de hace dos años, y el precio de su alimentación ha aumentado a lo menos en un 50%. Y no es verdad que la cesantía alemana haya disminuído, pues los cesantes empleados se convierten en *soldados del trabajo*, pero más bien soldados que no son trabajadores libres».

Copia en seguida este cartel que apareció un día en las calles de Berlín:

«Un arenque cuesta 20 fenings,  
¿qué le parece, señor Goering?  
Un huevo cuesta ya 13 fenings,  
¿qué piensa usted, señor Ley?»

Y, para concluir el capítulo, subraya:

«Ningún argumento, ningún sofisma prevalecerá en contra de este hecho que salta a la vista de todos, y es que el stan-

dard de vida del hombre medio en los tres países liberales, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, es mejor que el standard del hombre medio en las tres dictaduras: Alemania, Italia y Rusia. Este simple hecho constituye un argumento supremo: *la Dictadura es la miseria organizada.*

Veamos ahora la opinión que merece a nuestro autor la Rusia soviética:

«En 1917 el régimen zarista se desploma y el bolcheviquismo entra en acción para realizar sus fines mediante la dictadura del proletariado. En este caso, el proletariado no es sino un trampolín para izar a ciertos audaces e iluminados que no harán sino que ocupar el lugar del Zar, de sus cortesanos y de sus funcionarios. En el fondo, es la misma autocracia, la misma tiranía, el mismo absolutismo, el mismo despotismo, el mismo terrorismo. Nada ha cambiado sino el nombre. El presente no es sino el pasado con otra etiqueta y otros actores que tienen la misma alma con dos aspectos: déspota y esclavo».

Y después de un análisis minucioso, llega a la misma conclusión que para Alemania: por mala que fuera la situación del pueblo en tiempos del Zar, la de hoy es mucho peor. Y la tiranía es más odiosa también por ser ejercida por hombres menos cultos.

En cuadro igualmente sombrío nos presenta a continuación la Italia fascista:

«En 1931, después de diez años de régimen fascista, el comercio exterior llega apenas a mil millones de dólares, o sea ha sufrido una disminución de cien por ciento. Evidentemente la crisis económica oprime a todos los pueblos y por fuerza han disminuído los cambios internacionales, lo que hace que la estadística comparada sea un poco relativa. Pero una baja de 100% indica una fuerte disminución de la vida económica.

Más adelante nos ofrece estas informaciones:

«Las quiebras son extremadamente numerosas, en una proporción que supera la de los otros países, aunque se ha hecho

lo posible por disminuirlas. En 1922, en el momento del arribo del fascismo, se producían 321 quiebras por mes; en 1930 se había subido a 1.200, es decir, habían aumentado cuatro veces. El más grave síntoma es el número de efectos de comercio protestados y no pagados al vencimiento: en 1922, antes del fascismo, eran de 197 por cada cien mil habitantes; en 1928 esa cifra había subido a 1.864, es decir, aumentado en 130%».

«En resumen—dice líneas más adelante—el balance del fascismo es una *anemia económica* de la nación italiana, acompañada de dificultades financieras que son su consecuencia directa. Es este juicio sacado de las cifras y confirmado por ellas, el que condena severamente la economía dirigida por el fascismo. ¡Cuánta razón tenía Montesquieu al definir al déspota como el salvaje que derriba un árbol para devorar sus frutos! El fascismo devora a Italia para conservar el poder y gozarlo».

Y con respecto a la guerra de conquista emprendida por Mussolini, expresa:

«La condenación solemne de Italia por cincuenta y una naciones entre cincuenta y cuatro—comprendida Italia entre las tres, no quedan sino Hungría y Austria—constituye un acto histórico de alcance universal que abre una nueva era para la humanidad, cualquiera que haya sido el fin del conflicto italo-etíope: es un magnífico precedente en la práctica de la moralidad internacional. Ningún hombre sensato haría responsable de esta vergüenza al pueblo italiano. Sólo es responsable un hombre, Mussolini, quien ha sacrificado a un pueblo de cuarenta millones a su ambición y a su egoísmo».

Esta severidad para con las tres grandes dictaduras europeas, no priva al autor de hacer justicia a otras dictaduras, como la ejercida en Turquía por Mustafá Kemal. Pero expresa que ésta no es en realidad una dictadura, pues allí se reemplazó el odioso régimen opresor de los sultanes por una república bien organizada en la que, con aceptación general, Mustafá

Kemal ejerce el poder con amplias facultades. Comparado con el anterior, este régimen es de lo más liberal y su resultado ha sido brillante para ese país.

No deja el Doctor Dalencour de presentar como ejemplo a su propia patria, Haití, que sufrió un retroceso económico bajo la dominación americana. El título de los capítulos que siguen dará una idea del material que completa este libro tan agradable de leer y tan rico en enseñanzas:

«Libertad y prosperidad: la más bella definición de la economía política.—El fardo oneroso de la dictadura.—Los reproches dirigidos al liberalismo.—La crisis actual es una crisis de la libertad, así, pues, más bien una crisis moral.—Sólo Francia e Inglaterra unidas pueden salvar al mundo.—El liberalismo económico y la cesantía.—La experiencia Roosevelt de economía dirigida.—Liberalismo político y liberalismo económico.—El liberalismo económico y el proteccionismo estatista.—Nada de confusiones: el liberalismo no es el capitalismo.—Otra confusión que debe evitarse: el liberalismo no es el individualismo.—Los inconvenientes del régimen liberal y los desastres del estatismo.—Sólo el liberalismo integral puede poner fin a la crisis.—La estabilización monetaria es un simple paliativo.—Lo que no es la economía política: la gran contradicción de nuestro tiempo.—Natalidad y liberalismo.—El mayor esfuerzo del liberalismo: la Sociedad de las Naciones.—Homenaje al Presidente Masaryck».

En resumen: este libro del Doctor Dalencour es una formidable ametralladora abocada en contra de las tiranías.—  
ENRIQUE VERGARA ROBLES.